

no vale mas que todo cuanto llorais? *¿Anna cur Files? nunquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* En una palabra, los deleites de los sentidos siempre la dejan triste, vacía é inquieta; los rigores de la cruz la hacen feliz; las puntas de la penitencia que penetran su carne llevan consigo el remedio, y semejantes á aquella zarza misteriosa, al mismo tiempo que solo ofrece á la vista de los hombres cambrones y espinas, tiene interiormente oculta la gloria del Señor, y con él lo posee todo. ¡Suavidad santa de las lágrimas y de la tristeza de la penitencia! Divino secreto de la gracia, ¿cómo no sois mas conocido del hombre pecador?

Finalmente, las promesas de Cristo quitan á los trabajos toda la inutilidad y desesperacion que tenían. Antes de que se manifieste en nuestra carne se padecía por la fama, por la patria, por la fortuna, por la amistad; pero la vanidad era corta recompensa de los trabajos, particularmente para el hombre que quiere ser dichoso; los públicos aplausos podian calmar el dolor en aquellos primeros instantes en que la embriaguez y novedad de la fama y de un vano heroismo sorprenden al alma y la sacan como fuera de sí misma; pero pasada la embriaguez conocia bien el hombre su desgracia y su locura; lejos de la vista del público todos aquellos héroes de la mundana ostentacion, aquellos mártires de la vanidad, caian en la cuenta y buscaban otros consuelos á sus males, mas que la reputacion y la fama. Por eso el hombre entonces padecía sin consuelo, porque solo padecía por los hombres.

Pero el fiel que padece, que se castiga á sí mismo, que lleva su cruz, que mortifica sus sentidos y reprime sus deseos, vive con la esperanza de otra vida eterna. Aun cuando sus penas no tuvieran consuelo en la tierra, las suavi-

zaria la sola esperanza que está oculta en su seno. Una sola mirada hácia los años eternos restituye inmediatamente la alegría y la serenidad á su alma afligida; un Dios encarnado es la seguridad de su confianza. Sus trabajos hallan en Cristo un premio y un mérito digno de Dios; Cristo los presenta al Eterno Padre como un sacrificio de buen olor; con Cristo han recibido ya en su persona la gloria y la inmortalidad que les ha prometido.

¡Oh! ¿cómo os sostiene, católicos, el consuelo de estas verdades, á los que ya ha mucho tiempo que entrásteis en los caminos de la justicia y de la salvacion! No dejeis, pues, entibiar vuestra fe bajo el peso de la cruz que habeis abrazado, no os acobarden los rigores y aspereza del camino, no os canseis en unos caminos tan santos; pronto se acabarán los dias de vuestra peregrinacion, ya estais tocando la corona inmortal; estos instantes rápidos de tribulacion pasarán como un relámpago. Esperad un poco; el Señor no tardará, ya va á manifestarse; hoy le veis bajar con nuestra enfermedad; presto le vereis venir con su gloria. ¿Qué quiere decir el corto tiempo de algunos dias de lágrimas y de luto que inmediatamente se han de perder y aniquilar en el abismo de la eternidad? ¿pero qué digo perderse? Se han de mudar en una nueva vida, en un dia sereno y eterno, en que se enjugarán las lágrimas y el luto tendrá consuelo. Nada perece para el justo; vivid, pues, en la fe, esperad al invisible como si ya le viéseis; pensad que todas vuestras mortificaciones, aun las mas secretas, están notadas por aquel fiel testigo que teneis en el cielo; que todas vuestras obras, aun las menores, están contadas; que todos vuestros trabajos están depositados en los tabernáculos eternos, y que vuestros fervorosos suspiros se conservan entre los preciosos perfumes que presentan los an-

cianos al rededor del altar. Así quanto mas os acercáis al término, tanto mas sentís crecer vuestro fervor y renovarse vuestras fuerzas. ¡Qué felicidad el ver dentro de poco y como en un instante, desaparecer esta nube de nuestra mortalidad y empezar el día de aquella eternidad dichosa!

No puedo usar de las mismas palabras de consuelo con vosotros, católicos, los que vivís aún segun la carne; seria cosa inútil el manifestaros los bienes futuros de que no gustáis, que no conocéis y que acaso no creéis. Me hubiera sido preciso confirmaros en la doctrina de la fe, y acabar manifestándoos que la union incomprensible del hombre con Dios en este misterio, confunde la razon humana y hace que no solo sea la fe necesaria, sino tambien razonable. Voy á concluir.

TERCERA PARTE.

A la verdad, católicos, no bastaba que la sabiduría de Dios en este misterio hubiese confundido la soberbia del hombre, haciendo que no pudiese hallar su salud sino en la humildad y en el abatimiento; que hubiese puesto freno á los desarreglados deseos de la carne, no dejándole mas herencia que la cruz y los trabajos; era tambien preciso para sanar todas sus heridas que cautivase su razon (la que por tantos siglos le habia extraviado tan tristemente sus pensamientos) proponiéndola por único objeto de su culto, de su esperanza, de su consuelo, de su ciencia y de su sabiduría la union del Verbo con nuestra carne; esto es, á Jesucristo, locura de la razon humana y la contradiccion mas incomprensible é insensata en la apariencia.

El medio mas seguro de detener estos insaciables é inútiles deseos de saberlo todo y de comprenderlo todo, que

hasta entonces habian engañado á los maestros tan ponderados de la sabiduría humana; aquella vana confianza que prometia el descubrimiento de la verdad con solas las fuerzas de la razon; aquella desenfrenada licencia que todos los dias producía nuevos mónstruos, creyendo hallar nuevas verdades; el medio, vuelvo á decir, mas seguro de detenerle era la locura del Evangelio, quiero decir, el Verbo hecho carne y la sabiduría de Dios ignorada de los poderosos y sábios del siglo en este misterio.

¡Oh hombre! de aquí puedes inferir que el Autor de tu ser no quiere salvarte por la razon, sino por la fe que te le oculta; que no debes buscarle con los vanos esfuerzos del entendimiento, sino con los movimientos del corazon; que la verdad que te ha de libertar solo se te manifiesta acá en la tierra en enemiga, y que para conocer es necesario creer *Credite et intelligetis*. No quiero decir que la religion nos propone solamente misterios que exceden nuestra capacidad ni que nos prohíba absolutamente el uso de la razon, tiene tambien sus luces como sus tinieblas, para que por una parte la obediencia de los fieles sea racional y por otra no carezca de mérito. Vemos lo suficiente para ilustrar á los que quieren conocer; no vemos lo bastante para forzar á los que no quieren ver. La religion tiene suficientes pruebas para no dejar á una alma fiel sin seguridad y sin consuelo; no tiene bastantes para dejar sin réplica á la soberbia y á la incredulidad. De este modo la religion por la parte que tiene de claridad consuela á la razon, y por la que tiene de oscuridad deja todo su mérito á la fe.

Con todo eso, hoy todo el mundo está lleno de cristianos filósofos y de fieles que se hacen jueces de la fe, todo lo mitigan, todo quieren fundarlo en razones; con conservar la raiz de la doctrina cristiana y de la esperanza en Jesucris-

to, pretenden formarse una religion mas sana, haciéndose-la mas clara y mas inteligible; desconfían de todo lo que en sí tiene algo de prodigioso y extraordinario; fomentan dudas acerca de las eternas llamas que preparó la divina justicia para el impío y el impuro. Quieren penetrar los fines de Dios en órden á la suerte de los hombres, y con unas ideas de su bondad, puramente humanas, reformar ó su terror ó su incomprendibilidad: se atreven á examinar si podemos nosotros ser herederos de la culpa ó del castigo de nuestros padres, y si nuestra profunda corrupcion proviene mas de nuestra naturaleza que del pecado. Preguntan continuamente, ¿por qué se nos han de imputar á pecado las inclinaciones al deleite que parece nacieron con nosotros? Hallan inconvenientes en la venerable historia de nuestros santos libros; censuran los hechos raros y maravillosos que nos han conservado en ellos unos hombres inspirados de Dios, unos hechos obrados en otro tiempo por el Señor para libertar á su pueblo. Dudan de cómo pudo criar un mundo que no habia, exterminar á toda la carne en las aguas del diluvio, salvar la especie de los hombres y de los animales en una sola arca, abrir y cerrar el mar para facilitar la huida de su pueblo, mantenerle en el desierto con un pan milagroso, guiarle con una resplandeciente nube y mandar al mismo sol que se detuviese en su carrera para acabar de vencer los enemigos de su nombre: ¿qué mas diré? quieren hallar en las fuerzas de la naturaleza la posibilidad de estos extraordinarios prodigios, en los que la fe de nuestros padres conoció siempre el dedo de Dios, y mudan la historia de la religion y las apariciones del Señor á los hombres, en sucesos casi todos naturales y monumentos demasiadamente ponderados por una prudencia absolutamente humana. De este modo, ¡oh Dios mio! el hombre insensa-

to se disputa á sí mismo el consuelo de creer que habeis obrado maravillas en su favor, y pone todo su estudio en afeár los mas hermosos títulos de su gloria y esperanza.

Pero, católicos, despues que adorais á un Dios hecho hombre, es locura, dice un santo Padre, el discurrir sobre los misterios que nos propone la religion como inaccesibles á nuestra capacidad. No hay cosa tan incomprendible que no allane y haga creíble Jesucristo Dios y hombre; ó negad, pues, á Jesucristo, ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podeis comprender; ó blasfemad con el impío, diciendo que no es mas que hijo de María y de José, ó si confesais que es el Cristo Hijo de Dios vivo, dejad de buscar dificultades en los demás misterios de la fe. Un cristiano no debe disputar de los caminos de Dios, si es que ha de proceder consiguiente. Por eso el apóstol llama á Cristo el autor y consumidor de nuestra fe: *Autorem fide, et consummatorem Jesum*.¹ Es el autor, porque nos la inspira, es el consumidor, porque es, por decirlo así, su perfeccion y su mas alto punto, y fuera de él no tiene la fe cosa mas alta ni mas incomprendible que poder proponer á la razon humana.

Meditemos, pues, católicos, continuamente el misterio de Jesucristo Dios y hombre. En él hallaremos la solucion de todas las dificultades, porque hallaremos en él un nudo aun mas indisoluble; iluminará nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia, haciéndonos conocer la necesidad de la fe. Imitemos la docilidad de María, constituida hoy Madre del Verbo encarnado. El ministro del cielo la anuncia que será Virgen, y fecunda que el que de ella ha de nacer será hijo del Altísimo y obra

¹ Heb. 22. v. 2.

únicamente del Espíritu Santo. ¿Qué cosa mas á propósito para alterar toda la razon? Con todo eso, sin dudar, sin examinar, sin pedir señal alguna por prenda de este misterio tan increíble, cree y adora el poder y los designios de Dios para con ella. Zacarías en la edad y esterilidad de Isabel halló razones especiosas para dudar de la divina promesa, y á pesar de los célebres ejemplos de Sara y de la madre de Samuel, duda y desconfía; al contrario María, en un misterio en que todo es nuevo é incomprendible, sin hallar en la historia de las maravillas del Señor nada que pueda asegurarla por semejante, no quiere mas prenda de su fe que la omnipotencia y la verdad del que se la pide. Una vírgen sencilla é inocente cree sin recelo, y un sacerdote instruido en la ley duda y desconfía de la divina promesa. La mucha ciencia siempre usurpa alguna cosa á la simplicidad de la fe, y por un inevitable destino en el estudio de las ciencias humanas, inseparable por lo comun del amor propio y de la soberbia, la sumision que nos hace fieles, parece que por una parte pierde lo que ganan por otra las luces que nos hacen instruidos; como si siendo mas sábios no debiéramos conocer mejor la flaqueza de la razon y la incertidumbre y oscuridad de sus luces.

Y á la verdad, católicos, ¿de qué sirven las vanas reflexiones acerca de la doctrina santa? Si la salvacion dependiera de la razon, motivo tendríais para desconfiar de todo lo que no podeis comprender; pero la justicia nace de la fe y se perfecciona con la fe; ¿pues por qué temeis como un escollo las santas oscuridades que son vuestro camino y vuestro remedio?

Vivid, pues, con la fe, católicos, y empezad purificando vuestro corazon; la inocencia es el origen de los verdaderos talentos: llamad á Jesucristo en vuestro interior, con él te-

neis todos los tesoros de la doctrina y de la sabiduría; afirmaos en la caridad, este es el único medio de hallar la verdad; no conocemos á Dios sino cuando le amamos: acordaos de que un corazon corrompido no podrá tener una razon sana y pura, que cuanto mas os acerqueis á Dios por la gracia, mas participareis de sus luces, mas adelantareis en los caminos de sus mandamientos, mas crecereis de claridad en claridad: finalmente, conoceréis iluminarse mas en vuestro espíritu estas divinas verdades, las que veremos claramente cuando seamos semejantes á él, como él se hace hoy semejante á nosotros. Amen.

